



UN CIENTÍFICO PIERDE DOSCIENTOS KILOS DE ERUDICION (En un ataque de diarrea mental)

Cuando preparaba un recital en roman paladino, el polígrafo y erudito gerundense Josep Bonatesta sufrió un repentino ataque de diarrea mental que le hizo evacuar en pocos segundos su copioso bagaje de erudición, y algunos bultos de mano. El científico nos recibe, aún convalesciente, en su domicilio —Vía Ganduxer, 22—; su cabeza privilegiada descansa sobre un almohadón, mientras aún aparecen, desperdigados sobre el escritorio, detritus del Digesto, y algunos textos y artículos de la antigua Grecia —ya en estado de putrefacción—, que Bonatesta almacenaba cuidadosamente en su memoria.

—Don Josep, ¿es cierto que el apretón cerebral le sorprendió trabajando? El científico masculla algunos tacos en arameo —irreproducibles— y luego nos contesta:

—En efecto, no salgo de mi despacho desde hace sesenta y cinco años; toda mi vida ha sido una continua digestión de volúmenes, ahora irreparablemente perdidos, en este absurdo accidente...

—Tanto más deplorable, porque usted nunca ha cometido excesos.

—Tan sólo me alimento de gallinejas y criadillas, para favorecer mi rendimiento intelectual; ni siquiera voy al baño para no perder tiempo, me limito a espolvorearme las axilas con un mosquicida aromático, y eso sí, conservo siempre a mano este orinal-archivo, para cualquier emergencia. Pero esta vez, cuando quise echar mano de él, era demasiado tarde...

El erudito se coloca en la cabeza un orinal de fina porcelana y llora en silencio.

—¿Algún hábito especial, un detalle de su carácter que podamos relatar a nuestros curiosos lectores?

—A pesar de mi vida ascética, me permito ciertos refinamientos. Uso continuamente gafas de sol para no dejarme deslumbrar por mi propia ilustración (le siècle des lumières) y también me unto parafina neutra en los

oídos para que no puedan ensordecirme los ecos de mi tormenta interior (sturm und drang); en momentos de euforia llevo a libar algunas gotas de ambrosía, y me gusta recitar la lista de los Reyes Godos al revés, acompañado a la vihuela por algún juglar de confianza; claro es que hoy en día los buenos trovadores van desapareciendo irremisiblemente.

—A los cinco años ganó usted la cátedra de Filología Hispánica de la Universidad de Covadonga. ¿Es cierto que anteriormente enseñó usted latín a su ama de cría?

—Cierto, cierto ¡aquella noble asturiana! No olvide que soy descendiente indirecto de un bastardo del Rey Pelayo. Corre por mis venas sangre de cántabros y astures, y quizá de algún morisqueño que se encaramase a mi árbol genealógico; por mi mente circulan las savias de las civilizaciones orientales de Grecia y Bizancio, con algún injerto del rapto de Europa y de la decadencia de Occidente, todo ello, en gran confusión metalogénica, por las connotaciones geológicas de su formación.

—¿No cree maestro, que la variedad y la riqueza de su alimento intelectual hayan podido ser la causa de su entripado mental?

—Al contrario, toda cultura importante es obra de sedimentación de conocimientos variopintos; como demuestro claramente en el apéndice al tomo XVI de «Los hemofílicos españoles», nuestra patria es producto de la sublimación de diversas culturas.

—Profesor ¿podría prestarnos su bacinilla para que no se nos escapen estas interesantes paridas?

—Con mucho gusto, pero cuide de no esportillarla, que ese orinal fue utilizado en su destierro de Avignon por los Papas cismáticos.

Hemos corrido a la redacción y evacuamos la entrevista lo antes posible, limpiando algunas ideas dispersas con un secante suave pero resistente. ■ LE FILS OF GUZMAN LE BON (Poliglota).

LE REIMPLANTAN LA VERGÜENZA, QUE HABÍA PERDIDO EN ACCIDENTE

Un cirujano de la ciudad de Cartagena ha manifestado que había reimplantado con éxito la vergüenza de un presidente de consejo de administración, que la había perdido en accidente de trabajo, al vender a mil pesetas el metro cuadrado un solar edificable que había comprado a diez céntimos el metro.

El cirujano añadió que el presidente del consejo fue llevado urgentemente al hospital después de ocurrirle el accidente, que se produjo al estampar su firma en el contrato de compra-

venta. «Lo primero que hicimos fue trasplantarle la vergüenza de un meapilas muerto de asco, que teníamos guardada en el friyider. Al principio, el señor presidente reaccionó mal, pero con una hábil campaña de prensa no se produjo rechace y ya tiene vergüenza para lo que gusten mandar», declaró el cirujano.

«No quedará como antes —concluyó—, pero por lo menos ahora podrá hacer tranquilamente negocios de cien millones para arriba».

